

COLEGIO SALESIANO
NUESTRA SEÑORA DEL PINO



Ceror, 15 de Agosto de 1967

Queridos hermanos salesianos:

A los ocho días de haber tomado posesión de la dirección de esta Casa, cumplo el tristísimo deber de comunicaros la muerte del

Rvdo. D. Ildefonso Gómez Calama

fallecido en la tarde de ayer en la Clínica de Santa Catalina de Las Palmas.

Nació en La Alberca (Salamanca), pueblo que ha dado numerosos hijos a la Congregación, el 22 de octubre de 1896. De familia profundamente piadosa, surgió su vocación salesiana; y así lo vemos en 1896 haciendo su aspirantazgo en Ecija, bebiendo el espíritu salesiano de aquellos héroes de la primera hora y que él tanto recordaba durante su vida: al acabar el aspirantado entra en el noviciado de S. José del Valle, vistiendo la sotana de manos de D. Esteban Giorgi. Día para él grande y que grabó en sus apuntes íntimos con estas palabras: "Mi sotana debe siempre recordarme que estoy vestido de Jesucristo, y por lo tanto mi conducta debe ser cual esta vestidura exige. Esté muy lejos de mí todo lo que pudiera deshonrarla: no la abandonaré jamás. Ella es la librea de los ministros de Dios, ¡qué santidad no exige esta dignidad!" Pensamientos todos que los que lo hemos conocido, sabemos impregnaron su vida.

Según leo en los apuntes de su diario, llevó el noviciado con gran seriedad en su trabajo espiritual que forjó el hombre de Dios que sostuvo su vida de tanto trabajo.

El 9 de septiembre de 1897 emitía su primera profesión en la casa de noviciado y allí continuó sus estudios de filosofía.

Si espiritual fue su noviciado, el estudio lo fundamentó en el trabajo de su formación, aprovechando hasta en sus más mínimos detalles todo cuanto le había de servir para su vida religiosa. Sus apuntes espirituales muestran un trabajo constante, sine intermissione, tomando nota de conferencias, buenas noches, sermones, etc.: si no se alargara mucho esta carta, nos edificaría transcribirlos íntegramente. Permitidme citar algunos de sus párrafos:

"Debo obrar en conformidad con los mandatos de los superiores desechando la propia voluntad". "No te desalientes: debo tener muy presente que sin la ayuda d Dios nada puedo, con la ayuda de Dios lo puedo todo". "Debo de dar mucha importancia al examen

1357

de conciencia, lo mismo al general que al particular; que no se me pase un día sin hacer uno y otro”.

Para hacer el trienio fue destinado al Colegio de Nuestra Señora del Carmen, de Utrera (Sevilla); trabajó con ardor juvenil por los niños a los que quería y de quienes era querido. El se hacía continuamente a la mente su idea de asistencia que expresaba gráficamente con estas palabras: “El asistente debe ser el ángel de la casa, el ángel del sacrificio, el ángel de la expiación, el ángel de la oración, el ángel del perdón, el ángel del buen consejo”.

Este trabajo salesiano era alimentado con una vida espiritual intensa de la cual dimanaba aquel dinamismo que admiraba a sus hermanos salesianos.

Fue enviado a estudiar Filosofía a Italia, primero en Foglizzo el 1922 y luego a la Crocetta. Allí vivió junto a los primeros Sucesores de D. Bosco de los cuales conservó recuerdos inolvidables toda su vida. Allí formó su alma en la ciencia y la virtud y juntamente simultaneó los estudios con la dirección de la revista “Juventud Misionera”, encomendádale por el Rvdmo. D. Pedro Ricaldone, que tanto apreció al llorado D. Ildefonso y con el que mantuvo correspondencia por mucho tiempo.

Recibió la tonsura de manos de Mons. Cagliero y las demás órdenes de Mons. Gamba. La tremenda dignidad del sacerdocio le abrumaba “Soy ya diácono, escribía, sólo un paso me separa del altar santo. Prepárame, Madre mía”.

El 10 de julio de 1926 escribía: “Estoy en vísperas de ser ordenado sacerdote, ¿quién soy yo para tan gran dignidad? Prometo ser un sacerdote según el corazón de D. Bosco”. Al día siguiente recibía su ordenación sacerdotal.

Sus primicias sacerdotales las gozó el Colegio de la Stma. Trinidad de Sevilla donde trabajó durante dos años. Destacó su labor en pro del grupo de Magisterio. Estos alumnos recordaron siempre al buen D. Ildefonso y en estos últimos años recibía visitas de aquellos maestros destinados por estas islas.

De allí pasó a Montilla de prefecto, comenzando un cargo que no había de dejar hasta poco antes de su muerte, y del cual llegó a ser el prototipo. Su experiencia en todo asunto de administración, arreglos, construcciones, etc., era proverbial. ¡Cuánto debe la Congregación al trabajo de D. Ildefonso! Sacrificado, no conocía horas ni días de descanso, Siempre buscando el ahorro, al mismo tiempo que la verdadera economía. Práctico en las construcciones. Sabiendo echar cobre sí las partes odiosas de la casa. Sin saber callar los desórdenes que tal vez él viera. Atento a la economía de ocasión: en suma el prefecto ideal, o “Don Prefecto” como en broma le llamábamos.

En esta casa fue donde le conocí al comenzar mi aspirantado y recuerdo con agrado aquel trabajo y sobre todo el cariño que sabía conquistarse de nosotros a pesar del cargo.

Con el mismo cargo pasó en 1936 a San José del Valle, casa de noviciado y filosofado, y algunos años teologado. En ella pasó 11 años. Eran los años difíciles de nuestra Guerra de Liberación, y de la Segunda Guerra Mundial. Fueron los años de escasez de alimentos. Pero D. Ildefonso se dio tal maña que los novicios y filósofos no

notaron la carestía. Junto con este arduo trabajo seguía sus trabajos de prefectura y sus clases a novicios y filósofos. ¡Cuántas veces lo vimos bajar del coche e ir directamente a clase! ¡Esto era manteniendo gracias a su espíritu de piedad que le daba el valor suficiente para este difícil trabajo. En sus apuntes de esta fecha dejó escrito: "Amor y sacrificio: lo encuentro y aprendo junto al Sagrario pues vida de amor y de sacrificio es la que lleva allí Jesús" y en otro lugar: "Mi vida de unión íntima y constante con Jesucristo ha de ser como un himno perenne de amor al Eterno Padre".

De San José del Valle pasó a Jerez de la Frontera como director de aquella obra incipiente. Su espíritu ardiente y laborioso hizo de aquellas talleres, los mejores de la ciudad.

En 1952 lo vemos, también como Director de nuevo en Montilla trabajando un trienio muy fructífero con aquellos aspirantes. Debido a sus antiguos conocimientos se pudieron llevar a cabo adaptaciones muy acertadas.

Finalizado el trienio, fue elegido Director y Prefecto de Las Palmas de Gran Canaria. Hacía falta en aquella casa un hombre con las condiciones de Administrador de D. Ildefonso. Debido a las reducidas pensiones de la beneficencia, la economía del Colegio estaba en un estado lamentable. Fueron necesarias todas sus dotes administrativas para nivelar la balanza, y superar los gastos; y no contento con esto, hizo arreglos, reformas y nuevas obras. Todo esto mezclado con juicios laborales de gran envergadura que su práctica hizo llegar a feliz éxito. Los talleres bajo su sabia dirección tomaron gran impulso y algunos renovaron en parte su maquinaria.

En 1958 pasa a dirigir la casa de Granada durante tres años y también allí su trabajo y virtud dejaron huellas de su paso.

Tanto trabajo por la Congregación habían minado la robusta fibra de D. Ildefonso. Y él mismo pidió ser exonerado de cargos de responsabilidad. Los superiores atendieron su ruego, y en 1961 fue destinado a esta casa.

La labor de estos seis años es difícil compendiar en los estrechos términos de una carta mortuoria. Daremos los rasgos principales: Una gran pena por no poder trabajar como en tiempos pasados, pero para suplir, estaba pronto a cualquier cosa donde pudiera su obra ser útil. Y los ratos libres los dedicaba, cual otro Moisés, a rezar por los hermanos que trabajaban.

Su vida interior, que si grande había sido, ahora se intensificó: "Dame, escribe, oh Jesús, paciencia y alegría. No sean palabras, sino obras que te digan mi amor".

Un gran consejero en las circunstancias difíciles.

Un celo grande por la conservación de las cosas materiales, pero sobre todo por la conservación del espíritu salesiano: a menudo sobre las incidencias ordinarias salían de su boca dichos de D. Rinaldi, D. Cagliero y D. Ricaldone con quienes había convivido.

Un gran paciencia para soportar los males que le aquejaban. Y sobre todo, su cargo de confesor: para él no había días, ni horas. A su muerte una persona decía: Al abrir la iglesia, en el confesionario nos esperaba D. Ildefonso: y otra: Difícilmente se encontrará a otro tan esclavo del confesionario.

Su salud iba disminuyendo. Hace dos años tuvo una hemiplegia de la que quedó paralítico del brazo izquierdo: el uno de agosto de este año debía ir a su tierra a ver a la familia; los preparativos y las emociones de la despedida le hicieron recaer, el día antes de tomar el avión, en una trombosis que le llevaría a la tumba. Dios se la hacía intuir. Las últimas palabras de su diario son: "Me obsesiona el pensamiento de la muerte: y yo con las manos vacías. Procuraré dar frutos". En la última carta al P. Inspector le decía: "Me siento morir. Hágase la voluntad de Dios".

Llevado con urgencia a la Clínica de Santa Catalina, se repuso a los dos días, pero luego recayó perdiendo a veces el conocimiento. Nada valieron los auxilios de la ciencia que se le aplicaron constantemente.

Su sobrino, D. Julián Gómez, salesiano, vino a asistirlo en nombre de varios sobrinos y sobrinas que él animó a entrar en la Congregación Salesiana e Hijas de María Auxiliadora. Durante toda su enfermedad fue un ejemplar de paciencia heroica y de piedad que conmovía no sólo a los salesianos sino también a las religiosas y enfermeros que lo lloraron como algo suyo. Todo el tiempo que estuvo en la Clínica estuvo constantemente atendido por los salesianos de las tres casas de la isla e Hijas de María Auxiliadora.

La última vez que habló, agradeció tantas atenciones y expresó su deseo de morir en el Señor. Conservó el lucimiento de la mente hasta poco antes de morir. Su muerte fue plácida, sin agonías, yendo, como decía una religiosa que le asistía, a celebrar la fiesta de la Virgen en el cielo.

Trasladados sus restos a este colegio, todos los habitantes de la Villa, comenzando por los niños del Colegio, a pesar de estar de vacaciones, con lágrimas en los ojos pasaron a velar la capilla ardiente. De todos los puntos de la isla vinieron a testimoniar el afecto al difunto.

Al entierro asistieron los directores salesianos del Archipiélago, Hijas de María Auxiliadora, Autoridades de Teror y pueblos circunvecinos y toda la villa de Teror. El Fundador del Colegio, Mons. A. Socorro, quiso hacer los oficios y regaló el nicho para sus restos.

Descanse en paz el querido D. Ildefonso.

Nuestro pésame a sus sobrinos salesianos.

Nuestra gratitud a los salesianos de Las Palmas que se sucedieron día y noche en atenderlo.

Gracias también al Director saliente de esta Casa, que retrasó su toma de posesión para atender a D. Ildefonso.

Y gracias a las Hijas de María Auxiliadora, a las religiosas y enfermeros que le asistieron. Gracias a Mons. A. Socorro y gracias a cuantas personas de Teror y la isla, nos acompañaron en el dolor.

Aunque esperamos que D. Ildefonso, según la religiosa, celebrara la fiesta de la Asunción junto al trono de la Virgen, por quien tanto trabajó, recordando, no obstante, el tremendo juicio de Dios, os pido sufragios por el eterno descanso de su alma.

Rogad también por esta casa y por vuestro afmo. hermano en D. Bosco

LUIS HERNANDEZ
Director